

Sobre la naturaleza de los retos y desafíos y su innmercido prestigio en la filosofía moral

ANTONIO VALDECANTOS
Universidad Carlos III de Madrid

EL VERANO PASADO, mientras preparaba unas hojas para el XI Congreso de la Asociación Española de Ética y Filosofía Política, que había de celebrarse en Málaga a finales del otoño, recibí una larga carta de mi amigo el hispanista suizo Max Stern. Por causas debidas acaso a la recepción y lectura de la misiva, no llegué a terminar la comunicación. Gracias a la benevolencia de José Rubio Carracedo, José María Rosales y Manuel Toscano, me fue admitida como contribución al congreso un resumen de la epístola referida, que es el que figura aquí, con permiso del doctor Stern. Aunque llevo muy adelantada mi respuesta, estoy empantanado en tres o cuatro cuestiones sobre las que no tengo todavía un juicio claro. Por ello, y por no alargar más este texto, dejaré para mejor momento la contestación. —Madrid, 29 de septiembre de 2000.

BASILEA, 23 DE JULIO DE 2000

Estimado amigo: Por los consabidos trastornos del correo o quién sabe si por mi poca asiduidad al buzón, he recibido su última carta con bastante más retraso del que usted podía calcular aun en estimaciones muy pesimistas. Esta circunstancia me ha impedido, entre otras cosas, pensar siquiera en la sugerencia que me hacía de escribir algo para el congreso

Retos pendientes en ética y política, ed. José Rubio-Carracedo, José M^a Rosales y Manuel Toscano. Suplemento 5 (2000) de *Contrastes. Revista Interdisciplinaria de Filosofía*. [ISSN: 1136-9922]. pp. 309-320

de filosofía moral que van a celebrar ustedes en Málaga. He de decirle que experimento una rara desazón cada vez que oigo o leo cosas sobre esto de los «retos» aplicado a asuntos de moral y costumbres. Hace muchos años intenté escribir algo en relación con los retos y desafíos en la literatura española y reuní bastantes notas acerca de lo que pedantemente di en llamar «la pragmática del desafío». No llegué a publicar nada de aquello, que era un pasatiempo más que otra cosa, ni tampoco sobre la forma como en el *Quijote* se ponen en solfa los desafíos y duelos, asunto al que me dediqué con mayor empeño. Pero sobre todo esto he perdido las anotaciones que tenía, de modo que le incomodaré a usted con la parte digamos teórica o «pragmática» de aquel entretenimiento mío.

Tomaba yo el reto como una suerte de ceremonia o esquema reglado de actuación en donde, como mínimo, había que considerar los siguientes elementos: alguien que promueve el desafío, aquél a quien se desafiaba, el objeto del desafío y una comunidad más o menos amplia de personas que determinan la licitud de la ceremonia y su sujeción a las reglas que se suponen vigentes; a esta comunidad —representada característicamente por los llamados padrinos y por el árbitro si lo hay, aunque no sólo por ellos— le incumbe también dar fe del resultado de la ceremonia y establecer las consecuencias que deben seguirse de ella. Hasta aquí, nada original, como ve. En la mayor parte de los episodios novelescos o teatrales que estudié tenía una importancia capital la cuestión del honor, pero supuse que el honor no era un elemento necesario de la pragmática del desafío, y en esto no he cambiado de opinión. Tampoco es lo esencial de dicha pragmática, según creía yo, que el retador haya sufrido un agravio que deba repararse mediante el duelo; normalmente, desde luego, hay agravio (siquiera sea imaginado), pero lo que importa es, como lo sugiere la propia palabra «desafío», que el retador pone en duda la capacidad del desafiado para «dar satisfacción» (según solía decirse) a la demanda de celebración de la ceremonia: desconfía de dicha capacidad y suspende el momento de poder dar fe de la misma. El retador tiene que suponer al mismo tiempo dos cosas, a saber, que el desafiado admite las reglas de la ceremonia (y perdería gran parte de su prestigio social, o todo, si se negase a participar en ella) y que, no obstante, se halla seriamente predispuesto a declinar el reto y a no acatar, aunque sólo sea por esa vez, las reglas de la ceremonia. En puridad, lo que busca en primer término quien promueve el desafío no es vencer propiamente en el duelo, sino que el desafiado lo rechace o finalmente no se presente en el lugar y a la hora acordados. Esto constituiría para el retador la mayor victoria de todas, aunque de un modo a primera vista un tanto retorcido:

por miedo a salir derrotado, el desafiado no comparece, y esto significa que *cree* que va a perder. Pero si cree que va a perder no es principalmente por cobardía o pusilanimidad (el desafiado puede ser en todo lo demás alguien muy valiente y aun temerario, o eso puede suponersele), sino porque piensa que el desafiador lleva razón en lo que constituye el objeto del reto.

Naturalmente, las reglas de la ceremonia suponen, aunque sea residualmente, la creencia mágica (propia de las ordalías) en que el resultado de un duelo se debe a la intervención de alguna potencia sobrenatural que determina la justicia o la restablece, pero lo esencial no es que esta potencia intervenga o deje de intervenir, sino que el retraerse de practicar la ceremonia es indicio cierto de que el desafiado no cree llevar razón, o sea, es un modo de obtener sanción pública o comunitaria de la certeza o validez de aquello que sostiene o vindica el retador. «No me fío de que vayas a poderme dar satisfacción en duelo», es lo que el retador quiere dar a entender cuando desafía. Para él, el desistimiento del desafiado es el mayor triunfo, y el triunfo en el duelo propiamente dicho es tan sólo lo que suele llamarse un *second best*. Lo esencial de la pragmática del desafío no es la creencia en fuerzas sobrenaturales que deciden el duelo, sino la vigencia de reglas que suponen el que las gentes han de conducirse como si creyeran en esas fuerzas. El desafío tiene su era de esplendor cuando la creencia mencionada ya no puede tenerla seriamente nadie, si bien pervive una institución o ceremonia propia de épocas en que la creencia sí cabía suponer que estaba generalizada. Alguien podría pensar que la costumbre esta bárbara de los desafíos estaba condenada a desaparecer por lo precario de su pragmática –pues precaria es, sin duda, una ceremonia que se funda en el supuesto de que los agentes obran conforme a creencias que no tienen y fingiéndolas, aunque quién sabe si las ceremonias (y no sólo ellas) funcionan casi siempre así–, pero lo cierto es que la larguísima pervivencia de estos usos desmiente la suposición de que las prácticas precariamente fundadas tienen que ser efímeras. La precariedad, podría pensarse, resulta a veces de lo más resistente.

Lo que a mí más me interesaba hacer ver era que la pervivencia de los desafíos constituye una muestra muy sobresaliente de lo que pasa cuando las gentes obran conforme a suposiciones en las que no creen. Lo que importa de las reglas del desafío es que se mantienen olímpicamente vigentes cualesquiera que sean las creencias, buenas, malas o mediocres, que quienes las obedecen tienen sobre el sentido de dichas reglas. No soy yo persona lo bastante entendida para pronunciarse sobre si esto les puede pasar a reglas de todo tipo (aunque me inclino a pensar

que no; sólo las pertenecientes al ámbito más o menos ritual de lo que se llama ceremonias están en principio sujetas a padecer semejante anomalía; queda, sin embargo, por decidir qué ha de contar como ceremonia y qué no). Me interesa nada más llamar la atención sobre el hecho de que esto es cosa que pasa a veces con las reglas y que merece la pena tomar nota de ello.

Lo que le estoy intentando mostrar tiene, creo, su miga para esclarecer el uso a mi modo de ver abusivo que hacen ustedes –y con ustedes me refiero a los filósofos morales, pero creo que se lo han copiado, no sé en qué orden de transmisión, a los periodistas, a los padres de la patria y a los redactores de prospectos comerciales– de la palabra «reto» y de su sinónimo «desafío». Si usted me lo consiente, me voy a permitir expresarle mis dudas sobre la licitud de estos usos. Los filósofos morales son, por lo que yo conozco, personas con tantas manías como las de cualquier gremio, pero entre ellas hay una muy notable: la de sentirse desafiados por un montón de cosas. Muchas de ellas coinciden con los viejos motivos de preocupación de confesores y directores de conciencia, aunque yo creo que los sacerdotes católicos emplean menos la palabra «reto». Desde que a ustedes les ha dado por lo que llaman «ética práctica» (una expresión, por cierto, más bien pleonástica y que no sé exactamente lo que quiere decir), no se cansan de ver retos –perdóneme el atrevimiento– a la vuelta de todas las esquinas. Si a un ciudadano normal le da de pronto por pensar que todo el mundo lo desafía, no resultaría difícil, supongo, atribuirle algún género de manía persecutoria, pero no creo que sea éste el caso de usted y sus compañeros de gremio.

Porque, si no ando yo muy confundido, ustedes no toman el ser desafiados como un fastidio al que les someten periódicamente gentes bellacas dignas de un ejemplar escarmiento, sino que tienen a gala –casi como don Quijote– el que el mundo esté lleno de seres desafiantes (aunque ustedes no piensan, desde luego, en personas, sino en causas o cuestiones, lo que hace suponer sin duda que no se toman lo de los retos muy al pie de la letra) que los honran a ustedes con tamaño fervor certaminario. Lo primero que se advierte en el aprecio de ustedes por los duelos es que, de los cuatro elementos que enumeré antes como constitutivos de la «pragmática del desafío», están presentes de manera clara el segundo y el tercero –aquél a quien se desafía, que en este caso es el gremio de los filósofos morales, o quizá cada uno de ellos tomado por separado, y el objeto del desafío, que aquí es la resolución de algún dilema, rompecabezas o cuestión disputada en torno a las acciones de los humanos o sus costumbres.

Pero tendrá que darme la razón en que el primer elemento y el cuarto de la pragmática de los desafíos están sobremanera desdibujados en

el esquema que ustedes parecen tener en la cabeza. Que lo esté el primero no tiene, creo, mucha importancia. Normalmente, a ustedes no los desafía nadie en particular y son más bien ustedes mismos quienes suponen que deberían ser retados. Esto no prueba nada contra la pretensión de ustedes, pues ya debería estar claro que lo que nos traemos entre manos son retos imaginarios o por analogía. Pero la ausencia del cuarto elemento –o su tremendo desvaimiento e indefinición– sí que amenaza, a mi entender, con echar a mala parte la analogía de los retos para ilustrar aquello que la filosofía moral hace o debería hacer. Podría parecer a primera vista que la ausencia de este último elemento está ya sentenciada con la confusión que acompaña al primero, pues, si el reto es a fin de cuentas imaginario, ¿qué comunidad podría haber apta para determinar la buena llevanza de ceremonias así? ¿acaso una también imaginaria? Pero la fuerza de esta objeción es sólo aparente, porque nadie está impedido de desafiarse a sí mismo –que es otra manera, y quizá no la peor, de entender los desafíos imaginarios– en circunstancias que determinen si el desafío ha salido o no con bien. Repare, además, si no ha mandado ya a paseo esta carta y sus raciocinios, que la ausencia de cumplimiento de la primera condición está sometida a veces –o al menos puede llegar a estarlo– a astutas vicisitudes, pues, por aquello de que nunca falta un roto para un descosido o por otra ley social más refinada, muy bien puede suceder que quien se expone animosamente a duelos imaginarios con ostentación pública de su conducta termine encontrando quien lo rete de verdad. Pero sobre esto me explayaré más adelante.

El caso es, amigo mío, que yo no veo por ningún lado de dónde podría sacarse una comunidad de gentes capaz de determinar, según ocurre en los desafíos de veras, si la ceremonia se ha llevado a cabo rectamente o no y quién es el ganador de la disputa. Acaso tal incapacidad de ver sea producto de mi ceguera o de mi cortedad de miras; esto no podría yo rebatírsele, como comprenderá, a quien me lo echase en cara. Creo, sin embargo, que no todo el mundo me concederá el que esa comunidad no existe. Y me atrevo a pensar que muchos de ustedes –me refiero a usted y sus colegas– sí que tienen respuesta a la pregunta que yo no veo modo de contestar. Me atrevo a suponer que hay de hecho dos respuestas frecuentes a la pregunta, la una muy ambiciosa (o quizás sólo grandilocuente) y la otra algo más humilde.

La primera de las respuestas enuncia que la comunidad encargada de determinar la justeza procesal de los retos morales es nada menos que la humanidad en su conjunto. No creo abandonarme a un delirio si sospecho que gran parte de ustedes están muy predispuestos a dar una contestación así. A lo mejor no me perdona usted lo que sigue, pero ya no

voy a ahorrármelo: ¿cuándo van a cansarse ustedes de una buena vez de echar mano de *la humanidad* cada vez que no saben qué decir? He de declarar que estas apelaciones solemnes me sacan de mis casillas, y no crea que soy de aquellos a los que se les cae la baba con la tontuna esa que ahora se celebra mucho de «he visto rusos, alemanes y franceses [o lo que sea], pero nunca hombres». Me sacan de quicio porque suelen ser muestra de una retórica negligente, autosatisfecha, *kitsch* y gangosa y, a mayor abundamiento, porque son, en modo manifiesto, inmorales. Sí, señor: inmorales, no lo retiro. ¿Ha advertido usted que quien apela a la humanidad se distingue al menos por dos cosas, a saber, por dar a entender que cualquiera que le lleve la contraria es un facineroso y por tener una noción de la humanidad aproximadamente equivalente a la de la clase de las personas que (a) verosíblemente le darían la razón a él y (b) le han de estar siempre agradecidas por haberse erigido en su representante? Apelar a la humanidad es como no decir nada, o al menos nada muy honrado. Yo hace muchos años que dejo de inmediato la lectura de cualquier escrito cuando me encuentro con estas cosas.

Queda la segunda opción, consistente en afirmar que en último término el árbitro de los retos tiene que ser la opinión pública o alguna redefinición de este viejo y asendereado concepto. Me permitirá que deje para un poco más adelante el juicio que me merece esta segunda opción, porque, si no me engaño, creo estar acercándome al punto principal de lo que quería decirle (y ya va siendo hora). Veamos un poco más despacio que antes en qué consiste la satisfacción de la cuarta condición que han de cumplir los retos o desafíos. Porque, si es que ha de haber, según veíamos, una comunidad que determine la licitud del modo en que se ha llevado a cabo el reto y certifique su sujeción a las reglas vigentes (de modo que pueda determinarse el resultado del certamen y sacar las consecuencias oportunas), esto tiene que deberse, sin ningún género de dudas, a que se ha satisfecho previamente otro requisito. Esta condición, tan esencial que ni siquiera parecía antes que hiciera falta explicitarla, es que pueda establecerse con certeza –no importa ahora quién lo haga– *qué puede contar como triunfo en un reto*. Si piensa un poco en ello, verá que el asunto es esencial, aunque de tan esencial pasa inadvertido. Desde luego, para que haya reto (lo que implica constitutivamente la noción de triunfo y fracaso), tiene que estar claro lo que pasa cuando el reto se gana o se pierde y aquello en lo que la victoria propiamente consiste.

Pero ¿qué tienen los filósofos morales que decir al respecto? ¿Ponen acaso una idea clara –o alguna idea, sin más– de lo que significaría *ganar* un reto de los dicen haber aceptado? Mire que no le pido defini-

ciones y que me basta con ejemplos o modelos. ¿Podría darme alguno? ¿Hay, si no una definición precisa, algún caso de triunfo en un reto que pudiera servir como paradigma de lo que son los triunfos en los retos morales? Le aseguro que no estoy cultivando aquí la interrogación retórica. Por mi parte, no voy a ocultarle que tengo respuesta, la cual, como ya supondrá usted, es netamente destructiva. No conozco modelos ni ejemplos de los que puedan ustedes echar mano. Mi mentalidad un poco artesana y empírica de oficial de relojería (desempeñé este oficio en mi juventud) me lleva, si tengo que elegir entre una definición y un ejemplo, a quedarme con lo segundo, pero sobre todo me lleva a ponerme muy nervioso cuando, a propósito de algo, me es más fácil dar una definición que aducir un ejemplo. Casi siempre que pasa esto, es para ponerse a sospechar. Y esto es lo que ocurre aquí. Creo que, por desdicha, no será difícil ponernos de acuerdo en lo que podrían entender ustedes por ganar un reto. Ustedes suponen que hay unas cuestiones de interés público —cualquiera de las que van a tratar en su reunión de Málaga— sobre las que no existe un pronunciamiento satisfactorio, bien porque haya más de uno en litigio, bien porque no haya ninguno que satisfaga a nadie, bien porque los que hay son merecedores de reforma o de derribo. Creo yo que lo que entienden por salir airosos del reto es llegar a dar una respuesta satisfactoria a cada una de estas cuestiones, respuesta en la que, además de ustedes, debería estar de acuerdo la gente en general, representada quizá por la opinión pública.

El hecho de que falte toda experiencia de esta clase de triunfos debería tener alguna importancia para ustedes, y no porque no pueda haber un triunfo que sea el primero, sino porque en realidad falta toda idea de cómo se reconocería una cosa así. Y esa idea es, si me permite, la de una quimera. No faltará quien me pregunte qué tengo yo contra las quimeras. ¿Acaso no es útil muchas veces pensar en cosas imposibles, que al cabo de un tiempo dejan de serlo o prueban su fecundidad para dar lugar a posibilidades nuevas? Sí, señor, y de esto sí que podríamos dar muchos ejemplos, aunque no siempre halagüeños. Pero a mí lo que me pasa no es que esté en contra de las quimeras por ser quimeras. Me pasa, si quiere que se lo diga todo de una vez, que las quimeras que van buscando ustedes me parecen muy poco dignas de ser deseadas. Voy a tratar de explicarme, aunque no creo que pueda a estas alturas aspirar a su benevolencia. Me parece que, si imaginásemos una tesis que pudiese describirse como la superación de un reto de la filosofía moral, esto tendría que consistir en que el común de las gentes *se daría por vencido* y haría suya la solución alumbrada por los filósofos morales. Antes de que el reto se superase, la gente creía cosas muy opuestas sobre el nacionalis-

mo, o la clonación o los derechos de los animales; ahora, que el reto se ha superado, ya hay acuerdo sobre estas cosas y la gente cree precisamente lo que los filósofos morales han dicho (en Málaga o en donde sea). Ahora podemos dedicarnos simplemente a aplicar –como suele decirse– las conclusiones obtenidas y a ocuparnos de los retos que todavía faltan, hasta acabar la lista. Aunque esta descripción es un poco esquemática, supongo que hay que tomarla como un modelo pertinente en caso de que tenga sentido seguir hablando de retos. ¿O acaso se piensa en algo que no tiene nada que ver con todo esto? Si no fuese así, no veo por qué hay que estar todo el día con los retos para arriba y para abajo. Me parece que la analogía esta (o lo que sea) de los retos y desafíos necesita, para poder sostenerse, de una concepción de la filosofía moral como búsqueda de una *solución final* de los conflictos humanos. La satisfacción de cada reto será un pequeño paso en el camino de la solución final. Esta concepción es muy antigua y respetable, aunque no sea la que yo más aprecie. Lo que ha de hacer quien la use o la dé por supuesta es, en todo caso, aclarar su adhesión. Para mi filosofía de aficionado, la empresa moral consiste en crear conflictos nuevos más bien que en resolver los antiguos. Estos últimos nunca se *resuelven* en puridad; lo mejor que puede pasarles es que pierdan interés porque han surgido otros que llaman más la atención. Es muy parecido a lo que ocurre con los problemas filosóficos en general. Pero descuide, que no voy a exponerle por lo menudo mi teoría moral *amateur*. Quería tan sólo proclamar, porque me parecía necesario para mi argumentación, que no veo yo ganancia moral alguna en lo que cabría imaginar como la superación de un reto.

Y digo bien «en lo que cabría imaginar», pues esto es cosa sobre todo de imaginación. Pero tengo que volver ahora a los cabos que había dejado sueltos. El asunto de qué puede contar y qué no como la superación de un reto sigue siendo, me parece, lo más urgente que está aquí en discusión. Esto había surgido, como recordará, al hilo del problema de cuál es la comunidad que puede officiar como testigo y árbitro de los desafíos morales. En los retos no imaginarios, la comunidad en cuestión estaba bien definida, y seguramente ésa era la condición de que los desafíos pudieran seguirse celebrando a pesar de que hubieran pasado a mejor vida las creencias mágicas en que se fundaron originariamente los duelos. Advierta, mi paciente amigo, que lo que le he tratado de exponer hasta ahora nos lleva, si soy capaz de hacer memoria de todo lo que llevo escrito, a una curiosa tesitura. Resulta, por un lado, que los retos se practicaron durante siglos en la forma de una ceremonia bien reglada que presuponía en sus participantes creencias que ellos no tenían; esto importaba muy poco porque la claridad y vigencia de las reglas podía más

que la caducidad de las creencias (era, en cierto modo, como si la observancia de las reglas desafiara a la exigencia de creencias mágicas y ganara el desafío). Dicho proceder puede acabar siendo, como enseña la experiencia, muy duradero y exitoso. Pero lo que les pasa a usted y a sus colegas es algo más retorcido que no cae dentro de lo anterior. Porque ustedes no sólo descreen de que en los retos intervengan potencias sobrenaturales, sino que notan además, y lo tienden a hacer con melancolía, que no hay en puridad reglas claras que estén vigentes, lo que se manifiesta en apuros muy lastimosos cada vez que tienen que determinar quién podría dar fe de lo ocurrido en un reto y aun qué puede ser tenido y de qué modo por una victoria en ellos. Para que ustedes pudieran ganar uno de los retos con los que se les llena la boca necesitarían algo que les falta del todo; necesitarían reglas y gente que las admitiera. Pero, ayunos como están de una cosa y de la otra, se entregan a reajustes francamente curiosos; están convencidos de que las reglas claras brillan del todo por su ausencia, pero hacen la vista gorda y miran para otro lado, confiando quizá en que a fuerza de hablar mucho de retos los acabará habiendo de verdad.

Repare en que este proceder se asemeja bastante a lo que pasaba cuando las gentes se batían de verdad en duelo. Aunque esas ceremonias se fundaban, como ya va dicho, en creencias mágicas que nadie tenía, resultaba que las creencias terminaban por ser prescindibles; uno podía batirse con quien quisiera haciendo como si creyera en cosas que no creía y a sabiendas de que al otro le pasaba justamente lo mismo. Esta simulación de creencias requería, empero, el cumplimiento de una condición necesariamente tácita: la de que nadie manifestara a las claras que no creía lo que de hecho no creía. En el momento en que cundiese la expresión pública de ese escepticismo, la práctica de los duelos se vendría abajo. Lo que hacen ustedes es fingir la existencia de una comunidad que les hace caso y que establece reglas para adjudicar victorias y derrotas. Reglas en cuestión no las hay y ustedes lo saben, pero no pueden decir que lo saben porque entonces tendrían que dejar de jugar a lo que juegan. Me dirá usted que entonces afirmo que juegan de hecho a algo y que los juegos alguna regla han de tener, aunque sea laxa. Y esto es verdad, porque ustedes sí que se someten a reglas, aunque no a las reglas (inexistentes) a las que falsamente dicen estar sometidos. Me parece que esto no es un trabalenguas; lo que les pasa a ustedes es que se han acostumbrado a disertar hasta el cansancio como si el género humano (o más modestamente la opinión pública) no se perdiera uno solo de sus argumentos. Va de suyo que tienen que creer en esta ficción porque, desde luego, quien entabla un desafío suele estar muy pendiente de todo

lo que hace el desafiado. Y las reglas que siguen ustedes —en su detalle me excuso de entrar— son en realidad las de cualquier gremio académico. Como ocurre de ordinario, la competencia en el uso de estas reglas es lo que determina si se pertenece o no a la comunidad gremial, mientras que la excelencia en el dominio de las mismas, unida al azar, como ya sabía Max Weber, decide sobre el lugar jerárquico que se ocupa.

Así pues, ustedes son un gremio como los demás, sólo que entre sus peculiaridades figura la de hacer como si se creyeran algo distinto de un gremio, a saber, un grupo de elegidos en contacto privilegiado con los intereses de la humanidad, que de vez en cuando les va proponiendo *retos*. Ustedes saben mejor que nadie que no hay tal contacto privilegiado, pero no les queda más remedio que callarse. Pero las acciones humanas que se fundan en la simulación suelen coincidir en dar de sí consecuencias no previstas. Los filósofos morales se han especializado en creerse que responden a retos y han pregonado a bombo y platillo esta especialización. Tal cosa ha traído como consecuencia que mucha gente tenga noticia de esto, gente muy variada entre la que se encuentran médicos, enfermeras, periodistas, banqueros, dueños de comercio y otras muchas profesiones, y público en general. A algunos de estos profesionales les conviene a veces acudir a los filósofos morales con propósitos muy variados, que abarcan desde el deseo de mostrar más virtud que el vecino a un sincero, aunque ingenuo, deseo de mejorar el cultivo de su profesión. Entonces, el público en cuestión se presta de buen grado a desempeñar el papel de retador que tan imperiosamente solicitaban los profesores de moral. A desempeñar, quiero decir, el papel de alguien que *cree* estar entablando un desafío, y digo que meramente lo cree porque el desafío sigue siendo tan ficticio como antes. No porque alguien cumpla un papel (papel que antes no se cumplía) en una ficción va a dejar de ser aquello una ficción. Celebrar desafíos no es lo mismo que creer celebrarlos.

Llégase entonces a un bien curioso resultado: a fuerza de fingir que hay desafíos, los desafíos se producen, aunque en forma ficticia. Volviendo a Cervantes, esto es como el retablo de las maravillas, donde todo el mundo decía ver lo que no veía. Cada vez que algún impertinente los moleste a ustedes diciendo que los retos de que se ocupan son retos de mentira, podrán mostrar, sin duda, una relación muy larga de gentes que los han desafiado. Ya no voy a insistir más en que esto no constituye prueba de nada, como no sea de la capacidad de la condición humana para creerse las ficciones más inverosímiles. Permítame, eso sí, que vuelva un momento a un punto que quedó en suspenso, el de las relaciones de todo este enredo de los desafíos morales con lo que suele

llamarse opinión pública. Como sería aconsejable encontrar un buen pretexto para concluir esta carta con ciertos visos de desenlace, voy a aprovecharme de esta cuestión. Le decía que habría de ser a la opinión pública –aunque seguramente en funciones de vicaria o delegada de la humanidad– a quien le tocase desempeñar dentro de la concepción de los retos morales que tanto gusta a ustedes el papel de agente provocador de los desafíos. Ahora podríamos afinar esto un poco más. Advierta que ustedes han tenido un éxito más que apreciable en su compulsiva busca de desafidores; a poco que se lo propongan, los encontrarán a espuestas. Mi opinión ya expresada es que tal cosa es ficticia, pero que sea así no le quita un grano de importancia, pues no necesito recordarle que a veces las ficciones pueden más que la realidad o, si quiere, que son reales en sus efectos. Pero a mí parece que todo esto de los desafíos tiene secuelas lamentables en las relaciones de ustedes con la opinión pública y con el público en general. Porque los urdidores de pública opinión van a acostumbrarse cada vez más a ver en ustedes gentes aptas para llenar la sección de «retos» del periódico o de lo que sea, y aunque ustedes celebren mucho esta circunstancia –que, desde luego, se han ganado a pulso–, acaso llegue el momento en que la vean como una mala pesadilla. No sólo se aburrirán de tanto reto (pues todo acaba produciendo tedio), sino que notarán además que no valen ya para otra cosa, lo que quizá les atormente. ¿Y para qué mejor he de valer?, se preguntará el duelista moral.

Pues mire usted: yo creo que sí podría valer para otros quehaceres, acaso más interesantes. Ya he dejado caer mi poco aprecio por el filósofo moral (y cabe añadir que por el intelectual en general) como resolvidor de conflictos y componedor de arreglos; ahora quizá me obligue usted a ser un poco más constructivo, aunque para esta tarea no creo estar muy dotado. Yo disfrutaría más –o no me aburriría tanto– si ustedes tuviesen con la opinión pública una relación no sé si menos ficticia, pero sí menos paradójica. La paradoja está en que, por un lado, no parecen ustedes abdicar de la condición de quien tiene que decir la última palabra sobre cualquier cosa, mientras que por otro, se prestan gustosos a que sean los demás quienes les señalen sobre qué tienen ustedes que dictaminar. Esto es una combinación de delirio de grandeza y complejo de inferioridad (dos cosas que pueden ir unidas); son ustedes al mismo tiempo bastante soberbios y no poco pusilánimes (y ya sé que me dirá que ahora el paradójico soy yo). ¿Por qué no intentan de una buena vez lo contrario, a saber, combinar lo más sabiamente posible la ambición y la modestia? Me refiero, desde luego, a la ambición intelectual y la modestia moral, bien aderezadas quizá con unas gotas de ironía. La ambición de quien

ejerce su oficio de moscardón socrático sin ataduras ni compromisos (o, al menos, procurando romper los que uno tiene o, mejor, no tomándose-los muy en serio) y la modestia de quien sabe que éste es un oficio más entre otros, sin especiales contactos con la verdad ni con la virtud. En fin, ya le digo que no valgo para ponerme constructivo. Lo que se me ocurría según iba escribiendo esto es que estoy proponiendo que sean ustedes los iniciadores de los retos, aunque sea en forma imaginaria, y no sus destinatarios. En lugar de proferir enunciados que tratan de imitar lo que podría valer como respuestas a preguntas solemnes que se formulan sin ánimo de obtener respuesta, podrían hacer lo que hicieron muchos de sus antepasados, que era enunciar ellos mismos las preguntas y hacerlo con la idea de que fueran lo más incómodas posible. Ya está bien, ¡por el perro! –y mire que me estoy alterando un poco– que se pasen ustedes el día respondiendo imaginariamente a desafíos que no existen ¿Por qué no intentar de una buena vez ser ustedes los que desafían? Pero no, ustedes siempre tan amigos de las causas correctas, tan al cabo de la calle y tan al día, tan previsibles en todo, tan aburridamente *actuales*.